ARNICHES · GARCIA ALVAREZ · VALVERDE

EL PRÍNCIPE CASTO

ZARZUELA CÓMICA

EN UN ACTO, DIVIDIDO EN SEIS CUADROS, ORIGINAL

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Calle de Núñez de Balboa, 12

1912

EL PRÍNCIPE CASTO

EL PRÍNCIPE CASTO

ZARZUELA CÓMICA

EN UN ACTO, DIVIDIDO EN SEIS CUADROS

ORIGINAL LIBRO Y MÚSICA DE LOS

SRES. ARNICHES, GARCIA ALVAREZ

Y

QUINITO VALVERDE

Estrenada con éxito extraordinario en el TEATRO DE APOLO de Madrid, la noche del 14 de Febrero de 1912.



MADRID

MPRENTA DE "NUEVO MUNDO", LARRA 8

Teléfono número 2475

1912

REPARTO

CUADRO PRIMERO

ANITA	Srta.	Pérez.
LUCIA	"	Isaura.
CASTO	Sr.	Moncayo.

CUADRO SEGUNDO

CASTO	Sr.	Moncayo.
KOC	"	Medina.

Dos lacayos.

CUADRO TERCERO

ANITA	Srta.	Pérez.
TZINGANA 1.ª	"	Isaura.
" 2.ª	Sra.	La Hera.
" 3.ª	Srta.	Moreu.
" 4.ª	"	Domínguez.
LUISA	"	Yerves.
CORINA	"	Villagrasa.
BOBY	"	Cortés.
CASTO	Sr.	Moncayo.
EL CONDE DE HOLSTEIN	"	Crespo.
MISTER YELIN	"	Videgain.
FEDERICO	"	Mihura.
TZINGANO 1.º	"	Carrión.
" 2.º	"	Povedano.
" 3.º	"	Gotós.
" 4.º	"	Roldán.
DIRECTOR DE LA TROUPE	"	Sánchez.

Señoras, caballeros, criados del Casino.

CUADRO CUARTO

ANITA.	SRTA.	PÉREZ.
UNA DONCELLA.	„	CARCELLER.
CASTO.	SR.	MONCAYO.
EL CONDE DE HOLSTEIN. .	„	CRESPO.
MISTER YELIN.	„	VIDEGAIN.

CUADRO QUINTO

CASTO.	SR.	MONCAYO.
MISTER YELIN.	„	VIDEGAIN.
KOC.	„	MEDINA.

CUADRO SEXTO

ANITA.	SRTA.	PÉREZ.
UNA PIAMONTESA.	„	ISAURA.
AMIGA 1.ª	„	CORTÉS.
„ 2.ª	„	VILLAGRASA.
CASTO.	SR.	MONCAYO.
MISTER YELIN.	„	VIDEGAIN.
UN PIAMONTES.	„	CARRIÓN.
CARACUL.	„	SOTILLO.
UN CAMARERO.	„	PERUCHO.
AMIGO 1.º	„	LLAINAS.
UN CONCURRENTE.	„	CORAO.

Concurrentes de ambos sexos. Piamonteses, piamontesas, tzínganes.

La acción en los Cuadros 1.º y 2.º, en Madrid; 3.º, 4.º y 5.º, en Trowille, y el 6.º, en una ciudad francesa. Epoca actual. Derecha é izquierda del lado del actor.

Decorado de Matínez Garí.—Sastrería de la casa Vila.

Gabinete

CUADRO PRIMERO

Cuarto de bañarse, elegantísimo. En la pared del fondo, á la derecha, un baño vestido exteriormente de encajes; hacia el centro, un tocador. Entre ambas cosas, un biombo, perpendicular al proscenio. En el foro izquierda, una ventana practicable, con vidrieras modernistas de colores. Forillo de otras cosas. En la lateral derecha, una puerta y en la izquierda otra. Sillería inglesa, blanca; mesa en primer término izquierda, con espejo, timbre de mano, periódicos ilustrados, etc. Pegado á la pared, un sofá de la misma sillería. Cortinajes que hagan juego con el tono de la decoración, así como todos los demás detalles de baño, biombo, etc. Toallero niquelado entre el baño y la decoración; esponjero, alfombrilla de coco ó corcho elegante. Alfombra agrisada, clara, que ya queda puesta para toda la obra. Sobre el tocador, violeteros, esencias, frascos, pomadas, varios perfumadores—dos de ellos con líquido y que funcionen bien—polvera, peines, cepillos, todo elegante y de un gusto refinado. Es de día. Para que esta decoración tenga las dimensiones más ajustadas á la realidad, debe reducirse la embocadura del escenario todo lo posible.

ESCENA PRIMERA

Al levantarse el telón, se oye en la orquesta un wals elegante. LUCIA, doncella de la casa, sale por la izquierda con toallas rusas, un escobillón y un termómetro de agua. Prepara la ropa, colocando cada cosa en su sitio: el toallero, una silla y la alfombrilla para los pies; luego limpia el baño con el escobillón, dejando correr los dos grifos de agua lo suficiente para dar la impresión de la realidad; después se dirige á cerrar la ventana, lo cual ejecuta rápidamente y con un gesto de contrariedad mientras dice:

¡Jesús! ¡Ya podía bañarse el vecino con la ventana un poco más cerrada!

Y hace mutis por la derecha, llevándose el escobillón. Termina la música.

ESCENA II

CASTO. Luego LUCIA

CASTO (Sujeto que representa de treinta y cinco á cuarenta años y que viste con el descuido y la pobreza de un hombre derrotado, asoma cautelosamente la cabeza por entre los cortinajes de la puerta de la izquierda. Habla resueltamente.) ¿Se puede entrar? (Asomándose más.) ¿Se puede entrar? (Entrando.) Se puede entrar impunemente, porque no hay nadie. Me dijo Anita que encontraría aquí á la doncella... (Mira por todas partes.) y no la encuentro. (Con admiración.) ¡Qué lujo!... ¡Qué confort!... ¡Tibio, perfumado, elegante!... ¡Oh, qué cuarto de baño!... ¡Viéndose aquí, da gana... da gana de pedir dinero sobre estos muebles! ¡Oh, suntuosísimos! La verdad es que con mi indumentaria debo desentonar de una manera lamentable en este íntimo y delicioso rincón de una mujer exquisita! (Huele.) ¡Qué perfume tan sutil! Debe ser de este pulverizador. (Coge uno de los del tocador.) ¡Me voy á espurrear! (Se quita el sombrero, que deja sobre una silla, y se echa perfume.) ¡Qué deleite! ¡Qué voluptuosidad! ¡Qué frescura! ¡Qué frescura... la mía, pero quién se resiste á...

LUCÍA (Entrando por la derecha; con sorpresa.) (¡Un hombre aquí!) ¡Caballero!

CASTO (Al verla.) ¡Amable joven! (Hace una reverencia.) Usted perdone, pero me había permitido espurrearme. (Deja el pulverizador sobre la mesa de la izquierda.

LUCÍA (¡Y qué mal vestido!)

CASTO (Se vuelve á poner el sombrero.) ¿Usted es Lucía, la doncella de la señorita Ana?

LUCÍA Para servir á usted; sí, señor. Y usted, ¿qué hace aquí?

CASTO ¿Que qué hago aquí? (Mira á todos lados con misterio, la coge de la mano y avanza al proscenio.) ¿Estamos solos?

LUCÍA Sí, señor.

CASTO ¿Y me pregunta usted que qué hago aquí?

LUCÍA Sí, señor.

CASTO Pues... (Soltándola) pues no lo sé. Es más: ni me lo imagino.

LUCÍA Entonces, ¿quién le ha dicho á usted que entrara en este cuarto?

CASTO ¡Ah! Eso me lo ha dicho tu señorita.

LUCÍA ¿Ella?

CASTO Ella misma. Cuando vine, me abrió el Botones, pasé á la alcoba de tu señora y me dijo: «Vete al cuarto de baño y espérame».

LUCÍA ¿Estaba levantándose?

CASTO Yo la ví en la cama tomando chocolate, juraría que con un *suizo*. No sé más y aquí estoy.

LUCÍA Pero, ¿usted es amigo suyo?

CASTO ¿Amigo suyo? ¡Oh! Imagínate: hemos nacido pared por medio el mismo mes del mismo año. Crecimos juntos; juntos tomamos el mismo rumbo en la vida: los dos fuímos cómicos. Ella casó con un galán joven, más joven que galán, porque la daba cada paliza que la hundía; pero al fin, el hombre murió, porque no siempre el que zurra prevalece, y Anita huyó á América, por si resultaba cierto aquello de la resurrección de los muertos. Yo, yo me uní á una característica y también fuí desgraciado, estimable doncella.

LUCÍA ¿Le salió á usted mala?

CASTO No, era muy buena; ¡un pedazo de pan!... Pero hija, francamente, pasarse siete años con un pedazo de pan, desnutre; ya lo comprenderás. La abandoné y desde entonces, yo siempre vago...

LUCÍA (Mirándolo.) ¡Ya, ya!

CASTO No te precipites. Siempre vago á merced del oleaje de la vida. Unas veces la marea me sube, otras me baja... Pues bien; en uno de estos trágicos descensos, supe casualmente que había llegado tu señorita á Madrid. La escribí una carta pidiéndole un pequeño auxilio—vulgo sablazo—y cuando yo esperaba un billete de veinticinco pesetas, me encontré con este otro billete que trasciende á lilas y que dice á la letra. Te lo voy á leer. (Sacando una carta elegante y leyendo.) «Querido Casto:—Casto, es mi gracia.—Vente mañana á las diez. Tengo algo interesantísimo que proponerte. Después de

nuestra entrevista, quizá tu fortuna cambie para siempre. Tuya.—Anita.» Comprenderás mi sorpresa, querida Lucía.

LUCÍA ¡Ya lo creo que la comprendo! ¿Y qué será?

CASTO ¡Ah!, no sé; pero esta carta me llenó de esperanza. ¡Quién sabe si al fin realizaré los sueños de grandeza que esta loca imaginación ha perseguido inútilmente por el éter! ¿Tú sabrás lo que es el éter?

LUCÍA Eso que toma la señorita cuando se incomoda.

CASTO Te has ido al sulfúrico; yo me refería al otro: al infinito.

LUCÍA No sé qué quiere usted decir.

CASTO ¡Ah, Lucía! Tu cerebro no está constituído para estos análisis, pero en cambio tienes una cara, que está constituída para volver loco á un poste telegráfico, exento de toda corriente eléctrica. ¡Oh, qué cara! Permíteme que la perfume. (Cogiendo el pulverizador y echando perfume.)

LUCÍA (Huyendo.) Estése usted quieto.

CASTO Perdóname; es que aprieto la pelota maquinalmente.

LUCÍA (Cogiendo otro pulverizador.) Mire usted que le echo.

CASTO Echame, pero no me eches y deja que yo te pulverice.

LUCÍA ¡Ah! ¿pero es que quiere usted guerra?

CASTO Guerra franca.

MÚSICA

(Todo el número jugueteando y echándose perfume mútuamente cuando lo indica el cantable.)

CASTO
Ven aquí,
sin temor;
hazme niña ese favor,
que tu rostro quiero perfumar,
aunque tiene olores de azahar.

LUCÍA
Quite usté
só bribón
que adivino su intención.

CASTO
Solo es mi deseo
como tu verás
perfurmarte nada más.

LUCÍA Pues si no me toca,
yo me acercaré.
CASTO Eres un encanto.
LUCÍA Perfúmeme usté.
¡Ay, Jesús qué cosquilleo hace el señor
con el perfumador!
¡Yo ignoraba que esto daba tal placer!
CASTO A violetas y jazmines vas á oler.
LUCÍA Bueno, bueno; deje usté, que bien está.
CASTO Ven acá; ven acá,
porque quiero que tu cuerpo remonín
lleve, niña, la fragancia de un jardín.
Ahora tú
ven aquí
para perfumarme á mí.
LUCÍA Si capricho en ello tiene usté,
yo gustosa le perfumaré.
CASTO ¡Sol de Abril!
anda ya,
espurrea sin piedad,
que viendo tu cara
y oliendo á jazmín,
pá qué quiero más festín.
LUCÍA Estése usté quieto.
No se mueva usté.
CASTO Ya verás, chiquilla,
qué quieto estaré.
Sigue haciendo así, vidita, por favor,
con el perfumador,
que el olor de ese perfume es ideal
y produce en mí un efecto colosal.
LUCÍA Ya por fin toda la esencia se gastó.
(Deja el pulverizador.)
CASTO Ven acá.
LUCÍA (Huyendo.) Ahora no.
CASTO (Dejando el suyo.)
Ahora, niña, ese servicio pagaré.
(queriendo abrazarla.)
LUCÍA Nada de eso.
CASTO Muchas gracias.
LUCÍA No hay de qué.

(Escena mímica; ella huyendo y él persiguiéndola, y termina el número abrazándola.)

ESCENA III

Dichos: Luego ANITA, por la izquierda.

HABLADO

Casto (Entusiasmado.) ¡Ay, Lucía de mi vida, cuán encantadora eres!

Lucía Calle usted, que parece... (Queda atenta.)

Anita (Dentro.) Lucía. (Llamando.)

Lucía (A Casto.) ¡La señorita! (Alto.) ¡Señorita!

Anita (Dentro.) ¿Ha entrado ahí un señor?

Lucía Sí, señorita; aquí está.

Casto (En voz alta.) Aquí me tienes, Anita.

Anita (Entrando y saludando.) ¡Querido Casto! (Viene con toilete para baño; gran bata ó salto de cama y chinelas bordadas.)

Casto ¡Anita de mi alma!

Anita Perdona, hijo, que te haya recibido aquí; no es lo más adecuado, pero...

Casto ¡Quieres callar¡ ¿Un cuarto de baño para mí? ¡Indicadísimo!

Anita Tenía en el gabinete á Pepito Salvilla, un trasto. Y en el saloncito azul, ya habrás visto.

Casto Sí, á un señor respetable.

Anita Otro trasto. Pues en el comedor tenía á otros dos.

Casto ¿Y qué has hecho con ellos?

Anita He encargado al Botones que los pusiera en la calle. Hay días aciagos, en los que me fastidian y me...

Casto No me digas nada; sé lo que son esas cosas. ¡No puedes figurarte las veces que me han tenido que poner á mí también los trastos en la calle!

Anita (Riendo.) Lo creo. ¡Pobre Casto! En fin, siéntate. Lucía: déjanos solos.

Lucía ¿No va á tomar ahora el baño la señorita?

Anita Ya te avisaré luego.

Casto Oye, Anita, por Dios: si tienes costumbre, tómale, que á mi no me importa.

Anita Lo creo, pero me interesa más lo que he de decirte. (A Lucía.) Ya te avisaré. (Vase Lucía por la izquierda.)

ESCENA IV

ANITA, CASTO, y al final LUCIA

ANITA Bueno, ya estamos solos. (Se sientan á la derecha.)
CASTO Y yo con una impaciencia devoradora.
ANITA Lo creo. ¿Te habrá sorprendido mi carta?
CASTO Figúrate, yo esperaba...
ANITA Tú esperabas veinticinco pesetas.
CASTO Mujer, sí, la verdad.
ANITA Pues bien, Casto: hablemos clara y rápidamente, como á mí me gusta. Tú me pedías cinco duros y yo te he llamado para ofrecerte una fortuna.
CASTO (Se levanta de un salto.) ¡Anita! ¿qué dices? ¡Anita! ¿qué has dicho?
ANITA Lo que oyes, Casto. Si aceptas mis proposiciones, mañana serás rico.
CASTO ¡¡Rico!! Pero oye, Anita: ¿supongo que no te burlarás de mí? Eso que dices... (Vuelve á sentarse.)
ANITA Eso que digo es de una realidad positiva é inmediata. Cuestión de horas.
CASTO Pero...
ANITA Escucha: voy dejando de ser joven y para brillar en el mundo en que vivo, se necesita ó de la juventud ó de la astucia.
CASTO Tienes una lógica que apabullas, Anita.
ANITA Con la juventud, que se va, mis éxitos decrecen; las ruidosas aventuras de amor que sostenían mi fama radiante, van escaseando. Me acechan el fracaso y la pobreza. ¿Cómo detener esto? ¿Qué podría devolverme atractivos y seducciones que sometieran de nuevo á mi capricho la voluntad y el oro de los hombres? Solamente una astucia pensé. Puse en prensa mi imaginación y he dado con ella y por eso te he llamado.
CASTO ¿Y cuál es esa astucia? ¡Me intrigas horriblemente!
ANITA Mira, Casto: en la mujer, los encantos juveniles no tienen más substitución seria que una.
CASTO ¿Y cuál es?

ANITA Un hombre. Llevar al lado un hombre. Pero un hombre valiente, ilustre ó poderoso.

CASTO ¿Para qué?

ANITA (Con ironía.) ¿Y me lo preguntas? La mujer que puede engañar á un hombre ilustre y poderoso, tiene para todos los demás hombres el mayor de los atractivos.

CASTO ¡Oh, Anita!... ¡Filosofas mejor que Sófocles!

ANITA Sí, Casto, sí. Mi intención es llevar al lado un hombre valiente. ¡Qué digo valiente! Temerario; ilustre como nadie y poderoso, si cabe, triple que un Nabat. ¡Y además, príncipe!

CASTO Bueno, y tú crees que ese hombre que buscas se encuentra ahí, en la esquina de la calle de Hortaleza?

ANITA Lo he encontrado.

CASTO ¿Y es príncipe?

ANITA Príncipe.

CASTO ¿Y poderoso?

ANITA ¡No se sueña su fortuna! Tiene innumerables palacios, castillos, automóviles, *yottes*.

CASTO ¿Y quién es ese?

ANITA ¿Que quién es ese? ¡Pués tú!

CASTO ¡¡Yo!! (Levantándose.)

ANITA Tú.

CASTO ¡Yo, príncipe!... ¡Yo, con palacios!... ¡Yo, con automóviles!... ¡Yo, con *yoth!*... Bueno, esto es una locura!

ANITA (Levantándose también.) No es una locura. Y para eso te he llamado, para que representes ese papel. Dentro de dos días apareceré en el mundo galante apoyada en tu brazo; el brazo de un príncipe. Las mujeres me mirarán con envidia, los hombres con deseo y el conde de Holstein, se volverá loco por mí.

CASTO ¿El conde de Holstein?

ANITA Ese es mi punto de mira. Necesito enamorar al conde de Holstein: un millonario alemán, atrozmente romántico y enamorado de todo lo imposible. Le conocí cuando viajaba con Lord Rusell, cuyos celos me hacían una fortaleza inexpugnable. Pues bien: el Cònde, loco de amor ante mis dificultades, pretendió hasta casarse conmigo.

CASTO ¡Sí que estaría loco!

ANITA Desde entonces, no ha dejado de escribirme ni un sólo día. Dice que soy su obsesión, su locura... ¡Figúrate lo que le sucederá ahora que voy á presentarme de nuevo ante él con una mayor dificultad: con un príncipe archimillonario, elegante, valiente, celoso...

CASTO Bueno; pero para que yo represente ese papel, hace falta...

ANITA Hace falta dinero. Lo tengo; mis ahorros son suficientes.

CASTO Pues triunfaremos; el conde será nuestro. Descuida: seré el príncipe de tus sueños. Ya me he compuesto el tipo. Necesito fondos para el equipaje.

ANITA Luego los tendrás.

CASTO ¿Dónde está ese alemán?

ANITA En Tronville, para donde saldremos pasado mañana.

CASTO Ni una palabra más.

ANITA Y si vencemos, Casto, cuenta con una gratificación de doce mil duros.

CASTO ¡Yo príncipe!... ¡Yo con doce mil duros! ¡Me desvanezco! ¡¡Doce mil duros!! ¿Has dicho doce?

ANITA Sí; príncipe, doce.

CASTO Argumosa, cuarenta y cinco, tienes tu casa.

ANITA ¿Conformes?

CASTO Conformes.

ANITA Pues hasta luego. (Toca el timbre que hay sobre la mesa.)

CASTO Hasta luego.

LUCÍA (Apareciendo.) Señora...

ANITA (A Luisa.) El baño. (A Casto.) ¡Príncipe!

CASTO ¡Anita! (Mutis á juicio del actor, ya posesionado del papel que va á representar, dirigiendo una mirada de desprecio á Lucía, que no sale de su asombro ante un cambio tan brusco. Anita, ayudada por Lucía después que cierra la puerta, se quita el deshabillé y comienza á descalzarse. La orquesta ataca al mutis de Casto y va cayendo lentamente el)

TELÓN DE CUADRO

MÚSICA EN LA ORQUESTA.—MUTACIÓN

CUADRO SEGUNDO

Telón de calle, que representa el paseo de San Vicente á la puerta de entrada á pie de viajeros, en la Estación del Norte de Madrid.

ESCENA ÚNICA

CASTO, elegantemente vestido: gabán, levita y sombrero pampero negro, botines monóculo, guantes de gamuza, flor en el ojal y bastón, aparece seguido de Koc, criado negro, que viste uniforme y lleva en brazos un perro feísimo, de lanas muy largas y el gabán de Casto, y dos lacayos, de librea, con maletas elegantes. Salen por la izquierda,

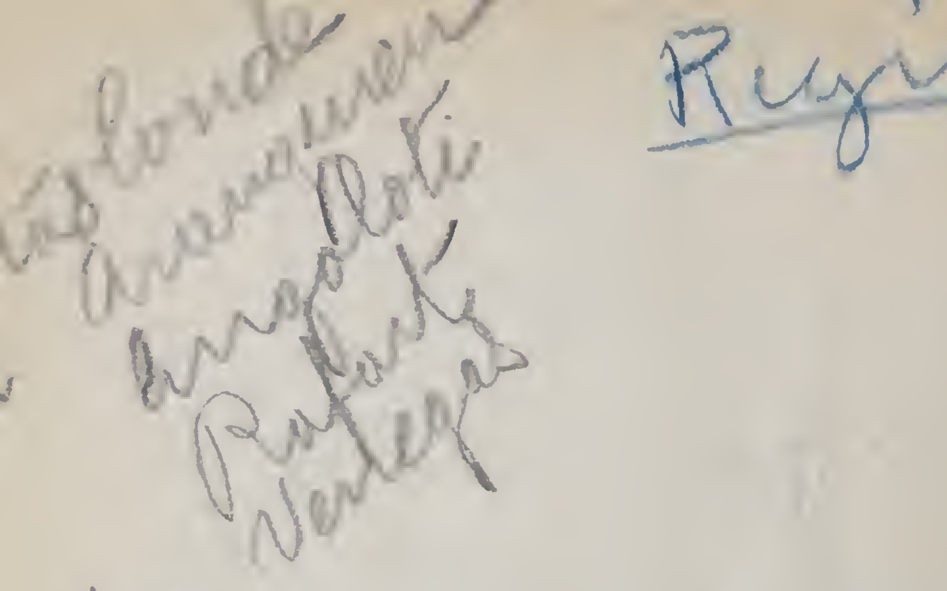
CASTO (Al negro.) Koc; cuidado con Dik. (Al público, con énfasis.)

Ayer, para este mundo de farsas y mentiras;
ayer, precisamente, para este mundo vil
donde el engaño triunfa y la ruindad impera,
era un átomo Casto Gutiérrez Villamil.
Ayer, mis carnes míseras apenas se cubrían
con un anciano traje del año veintidós;
ayer, era un harapo, que erraba tristemente
en pos de un panecillo ó de un cocido en pos.
Y en veinticuatro horas que pasan cual relámpagos
en una noche tétrica de horrenda tempestad;
en un lapso de tiempo tan sumamente corto,
pasó de la miseria á la fastuosidad.
Y hoy soy para este mundo,—perdonad que repita
lo que antes os he dicho;—para este mundo ruín,
un príncipe opulento: ¡el gran príncipe Casto,

que va con una amiga curándose el *splin*.
Un príncipe celoso; un príncipe iracundo:
un héroe de la musa del gran Walter Scott,
que tiene preciosísimos hoteles y palacios
y montes y morenas y viaja siempre en *yoth*.
¿Que dónde están los montes, en dónde los hoteles
y en dónde el principado? ¡Y qué me importa á mí!
¿Pregúntalo la gente? Pues si no lo *preguntaló*
¿por qué va á pasar uno la plaza de *gilí*?
¡Finjamos, pues, grandezas! ¡Amores, pues, finjamos!
Si finge el potentado, el pobre y el burgués,
¿merece alguna pena quien flácido y famélico
sencilla farsa finge por un par de *bistés*?
Vivamos, pues, la vida de amores y placeres,
que bien hartos estamos de una existencia *ful*.
¡Vivir entre grandezas! Eso es vivir, que dijo
no sé si *Chopenjagüer* ó *la Rochefocul*.
Y á más, noble auditorio: entre un príncipe auténtico,
príncipe real de estirpe y abolengo ancestral,
¿qué diferencia existe entre un príncipe de esos
y un servivor de ustedes? ¡Diferencia de un real!
A vivir, pues, la vida que la loca fortuna
llamando á nuestras puertas galante nos brindó.
Riamos entre besos de labios incitantes
y encienda nuestra sangre la *Viuda de Clicó*.
¿Que al fin de la fortuna la farsa se descubre?
¿Que en Niza ó Wisbaden nos arman un belén?
¿Que todo se deshace? ¿Que todo se evapora?
Me iré con dos punteras, ¡pero he comido bien!
Comience ya la farsa. El que ayer no era nada,
de su papel de príncipe posesionado está.
¡Sabedlo, multitudes!... ¡Hoy nace al mundo un príncipe!
¡Criados de Su Alteza: el príncipe se va!

(Vase por la derecha, seguido de los criados. Música en la orquesta.)

MUTACIÓN Á OBSCURAS



CUADRO TERCERO

Salón de baile en el gran Casino de Tronville, en noche de fiesta. Decoración de rompimientos. Al foro, tres arcos grandes que dan paso á una gran terraza con balaustrada de mármol que sostiene varias farolas con globos de luces eléctricas. Al fondo, la playa con efecto de luna. Mucha luz en toda la decoración que figura el salón.

Al levantarse el telón, aparece la escena llena de gente elegante, Las señoras trajes de soirée y grandes sombreros, última moda (verano), y los caballeros, de frac *smoking* negro. Varios grupos sentados en diferentes sitíos y otras parejas bailan á compás de un wals que toca la orquesta. La mayoria de los reunidos llevan lazos, condecoraciones y objetos propios para *cotillón*, prendidos en el pecho. Algunos de los caballeros visten uniformes extranjeros, sin nada á la cabeza, como es natural.

Entre los reunidos se encuentran: Luisa Corina, Boby, el conde de Holstein, Mister Yelín y Federico. Varios criados, de frac, atienden á los personajes. En el salón, sillas volantes de tapicería, y en la terraza, sillones y sillas de Bejuco. Terminada la música se sientan casi todos; otros discurren por el fondo. Los personajes indicados en la acotación forman un grupo á la izquierda; Federico de pie, y un poco separado hacia el centro, el conde de Holstein, en otra silla. Los señores directores de escena se servirán ordenar que durante todo el cuadro, haya movimiento de entradas y salidas de escena y cambio de sitio en el coro, con objeto de que resulte movido, pero sin que para nada se interrumpa el diálogo.

LUISA (Sentándose.) ¡Oh, cómo me aburre ya el baile.

FEDERICO Bueno, es que pronto hará un mes que no cambias de pareja.

LUISA ¡Por Dios, no seas irónico! (A Yelín, que es algo sordo.) ¿Ha oído usted, Mister Yelín?

YELIN Ya sabe usted que yo oigo mal. ¿Qué ha dicho? (Este personaje habla con marcado acento inglés.)

LUISA (Hablándole un poco alto y siguiendo ya en ese

tono.) Que me aburre el baile, porque no cambio de pareja.

YELÍN Es un motivo serio.

LUISA Y yo creo que es porque ya voy siendo vieja.

YELÍN ¿Vieja? Si no ha cumplido usted veinticinco años, puede usted decirlo sin peligro, pero no abuse usted de esa mentira.

FEDERICO (En tono alto.) ¿Y usted, Mister, no se ha atrevido á declararse á la princesa de Guibler?

YELÍN ¡Oh, no, amigo! Me han dicho que su marido la da muy mala vida, y me figuro que la pobre señora no estará de humor para nada.

FEDERICO ¡Los maridos se están poniendo imposibles!

BOBY Debéis declararos en huelga todos los supernumerarios.

FEDERICO Puede ser una idea.

YELÍN Y es.

CORINA (A todo el grupo.) Oigan ustedes: el que me es antipático sobremanera, es el amante de la Mary Vian. Mirarlo. (Señalando hacia el fondo derecha.)

LUISA Parece un sinvergüenza.

YELÍN Y es.

BOBY (Pasando al lado del Conde, que ha permanecido durante el diálogo en actitud pensativa, y tocándole en el hombro.) ¡Pero conde de Holstein, estás tacirtuno!... ¡No ríes... ¿Qué te pasa?

CONDE (Como saliendo rápidamente de su abstracción.) Nada, nada; no me pasa nada. (Boby vuelve á su sitio.)

CORINA ¿Que no te pasa nada? ¡Finges en balde!

FEDERICO (Al lado del conde.) La reaparición de Anita Luque te ha trastornado; confiésalo.

CONDE ¡Por Dios! ¡No lo creas!... Te aseguro...

LUISA Estás loco por ella; se te conoce.

FEDERICO Y que esta vez se te presenta con mayores dificultades que la primera: con el príncipe Casto nada menos. ¡El príncipe Casto!

YELÍN ¡Oh, el príncipe Casto! ¡Es un hombre que trae una verdadera leyenda!

BOBY (A Luisa.) ¿Tú le conocías?

LUISA No le había oído nombrar nunca. Anoche le ví por primera vez en la sala de juego. El y Anita hicieron una sensación enorme. El duque de Bolié se volvió loco por ella. Todos la seguían.

FEDERICO (Uniéndose al grupo.) ¡Está verdaderamente hermosa!

YELÍN ¡Oh, yes!

CORINA ¡Y del príncipe, me han asegurado que es un hombre extraordinario!

FEDERICO He oído referir que es un piamontés de fortuna colosal, extravagante y aventurero. Creo que en la India ha hecho atrocidades inauditas. En Kapurtala, se jugó la mujer que llevaba contra la fortuna del Marajá; la perdió, y como es horriblemente celoso, por no abandonarla, mató en duelo á su adversario.

LUISA ¡Eso es un hombre!

CORINA ¡A Anita la lleva verdaderamente espléndida!... ¡Cuajada de joyas!

CONDE (Preocupado.) ¡Anita!... ¡¡Anita!!

FEDERICO Lo que hace el príncipe Casto, según me han asegurado, es comer de un modo horrible. ¡Todo el día está comiendo! Y luego, tiene un caracter originalísmo; pasa de la cólera á la calma con una rapidez asombrosa. Anoche, á las siete y media, de poco mata al duque de Bolié, porque miró á Anita; pues á las ocho menos cuarto, ya estaba tan tranquilo, comiendo y gritando: «A ver, salmón: que me traigan más salmón.»

YELÍN ¡Originalísimo! Y eso corrobora lo que yo ví después. Aseguran que en Monte-Carlo, ha perdido en una sesión tres millones de francos. Pues bien: anoche se dió de puñetazos con un *grupier* por dos pesetas.

LUISA ¡Oh, qué genialidades!

BOBY ¡Es verdaderamente estupendo!

CONDE ¡Anita mía!... ¡¡Anita!! (Sigue ensimismado.)

FEDERICO En fin, conde: que ahora para tí Anita es más peligrosa y difícil que antes.

CONDE (Levantándose y con resolución.) Quizá no.

FEDERICO Conde, te aconsejo mucho cuidado. ¡Ese príncipe es un Otelo!

CONDE (Apartándose un poco con Federico.) Mira, Federico, óyelo bien: á toda costa y pase lo que pase, ó pierdo la vida ó esa mujer es mía. Si hay que matar al príncipe, le mataré; lo juro. No te digo más.

CORINA (Señalando al fondo derecha.) ¡Callad, callad! ¡Allí vienen!

LUCÍA ¿Ellos? (Se levantan.)

BOBY Sí, ahí están Anita y el príncipe Casto.

CORINA ¡Cuánta gente les sigue! (Todos los de escena se levantan y van formando dos filas de fondo á proscenio dejando calle entre los dos grupos.)

LUISA ¡Viene espléndida! ¡Encantadora!...

CONDE ¡Qué hermosa está! ¡Oh, sí; si hace falta matar al príncipe, le mataré. (Se aleja con Federico por la izquierda. Yelin se despide y vase primera derecha.)

ESCENA II

LUISA, CORINA, BOBY y Coro general. ANITA y CASTO, por el fondo derecha. Ella, toilette elegantísima para baile ó soirée, sin nada á la cabeza, exceptuando los adornos naturales, y él de frac

Música

ANITA
Aquí os presento al príncipe;
al gran príncipe Casto,
que es apasionadísimo
aunque parece apático.
En frases de amor célebres,
su repertorio es vasto.
Aquí os presento al príncipe.
¡Saluda, Casto! (Saludo general.)

Si le tratan con cariño,
este príncipe es un niño.
Su bondad es extremada.
No hace nunca casi nada.
Pero á veces, ¡qué manía!,
por cualquiera tontería,

se convierte en un chacal
y al más fiero le retuerce
la columna vertebral.

CASTO
Así es el príncipe, así.
Nadie mejor me pintará.
Así es el príncipe, sí, sí.
Así nació y así será.

—

En Italia un archiduque
me invitó á viajar en buque
y cortés en el momento
yo acepté su ofrecimiento;
y una tarde al noble este,
por si el viento era Sud-este,
ó era Norte ó era Sur,
tiré al mar al archiduque
cerca ya de *Singapur*.

ANITA
Así es el príncipe, así.
Nadie mejor le pintará.
Así es el príncipe, sí, sí.
Así nació y así será.

TODOS
Así es el príncipe, así.
etc., etc.

(Vuelven á sentarse en sus respectivas reuniones.)

Hablado

CASTO y ANITA, pasean cogidos del brazo.

CASTO — Creo que hemos producido una sensación enorme.

ANITA — ¡Enormísima! Estoy satisfecha. ¡Pero, por Dios! Casto, sigue en tu papel de celoso!

CASTO — ¿Celoso? Fíjate en la mirada *otelesca* que les voy á dirigir á esos pollos si te miran. (Pasan de izquierda á derecha tres pollos elegantes mirando con admiracion á Anita; Casto les dirige una mirada fiera y comunicante y ellos se retiran asustados.) ¿Has visto los pollitos? Uno, de poco *cacarea* del susto. ¡Estoy fastuoso y terrible!

ANITA — ¡Representas bravamente tu papel!

CASTO — Y repara cómo me miran las mujeres.

ANITA — Porque te creen rico como un Nabat.

CASTO Oye; á propósito de Nabat: me tienes que dar dos francos para una cajetilla.

ANITA ¡Calla, calla ahora! (Mirando sorprendida hacia el ondo izquierda, por donde vuelve á aparecer el conde y se une al grupo de Luísa, Corina y Boby.)

CASTO ¿Qué es?

ANITA ¡Sí!... Allí parece... ¡Sí; el conde! ¡Por fin! Aquel es. (Señalándoselo.)

CASTO ¿Aquel de la flor en el ojal?

ANITA Sí. No mires; ya nos ha visto.

CASTO Instrucciones.

ANITA Pues en cuanto se acerque, á los pocos momentos te separas de nosotros; observas desde lejos; cuando veas que me cambio de mano el abanico, ven á interrumpir nuestra conversación. ¿Entiendes?

CASTO Descuida.

ANITA Calla; ya está aquí, sé discreto.

ESCENA III

DICHOS y el CONDE de HOLSTEIN

CONDE (Separándose del grupo y acercándose á Anita muy afectuoso.) ¡¡Anita!! (Se estrechan la mano.)

ANITA (Fingiendo sorpresa.) ¡Conde!... ¿Usted aquí?

CONDE Por mi fortuna.

ANITA ¡Qué sorpresa tan agradable! ¡Quién iba á imaginarlo! (Haciendo las presentaciones respectivas.) Casto: el señor conde de Holstein, uno de mis inolvidables amigos. Conde: el príncipe Casto, mi íntimo amigo.

CONDE ¡Príncipe! (Reverencia.)

CASTO ¡Conde! (Saludo y se dan la mano.) Deseaba vivamente conocerle. Anita me ha hablado de usted con tan cariñosa insistencia, que tenía excitada mi curiosidad.

CONDE ¡Príncipe!

CONDE (Aplaudiéndola ridiculamente.) ¡Bravo, Anita; bravo! ¡Gallardo amigo!

CONDE (¡Es celoso!) Anita no hace más que corresponder á un afecto desinteresado y cordialísimo.

CASTO ¡Oh!... ¡Bellas cualidades—si son únicas! —para el afecto de un hombre galante, á una mujer hermosa.

CONDE (¡Es un impertinente! (A Anita.) ¿Y hace mucho que llegaron ustedes?

ANITA Ayer mañana.

CONDE ¿Y permanecerán mucho tiempo aquí?

ANITA Ayer, pensábamos pasar una larga temporada; hoy, he variado de opinión. Quizá nos marchemos en seguida.

CONDE Pero eso es una crueldad para los amigos.

ANITA (Como deseando variar de conversación.) ¿Quiénes son esas señoras con las que usted conversaba?

CONDE ¡Excelentes amigas!... ¿Quiéren ustedes conocerlas?

ANITA ¿Te parece, Casto?

CASTO Con mucho gusto.

CONDE (Llamando y presentando á Luisa, Corina y Boby.) Señoras: Anita Luque... el príncipe Casto...

ANITA ¡Señoras!

CORINA ¡Príncipe! (Saludos.)

BOBY ¿Para mucho tiempo aquí?

ANITA (Mirando al conde.) ¡Quién sabe!

CASTO Me gusta detenerme poco en los sitios. Para mí las grandes ciudades son como flores esparcidas por la tierra; y yo, como errante mariposa me poso en ellas, libo y volo; digo, vuelo.

LUISA Pues creo que en la India han estado ustedes bastante tiempo.

CASTO ¿En la India? ¡Ah! En la India, mucho; sí. Esta, que tenía capricho de verme matar un tigre.

BOBY ¿Y qué ciudad de la India le gusta á usted más, príncipe?

CASTO ¿Que qué ciudad de la India me gusta más? ¡Oh, no me hable usted de la India! (Sin saber qué contestar.)

LUISA ¿Tiene usted malos recuerdos?

CASTO ¡Oh, malísimos! La primera vez que fuí, me acompañó una mujer americana; una americana guapísima, pero gruesísima; era su defecto: casi obesa. Llegamos en Agosto... ¡y qué calor!... ¡qué asfixia!

BOBY ¿Sudaría usted mucho?

CASTO Imagínese usted: con aquel calor y con aquella americana tan gorda... ¡yo era un río!...

LUISA ¡Qué humorista!

CASTO La segunda vez que fuí, ha sido hace poco, y ya sabrán ustedes...

CORINA ¿Y es cierto todo lo que se cuenta del duelo de usted con el Marajá?

CASTO Sí; pero aquello no fué nada. Una cuestión sportiva. Eramos los dos formidables tiradores de rifle; acudimos á un concurso de tiro, él ganó seis copas y yo gané ocho copas. El era muy envidioso, y como yo tenía dos copas de más, me molestó, yo le reté y terminado el lance, aquello no era Marajá; aquello era un cedazo.

CONDE ¿Entonces, el último duelo de usted no ha sido en la India?

CASTO No; mi último duelo fué hace ocho días, que herí gravemente al príncipe Galliardi, porque se permitió cierta broma con Anita. (Mirando intencionadamente al conde.)

ANITA Una ligereza; ¡es tan impulsivo!

CASTO (Mirando con asombro hacia el fondo y diciendo lo que sigue, moviéndose mucho y con rapidez.) ¡Oh, perdón! ¡Oh, es Monteleone! ¡Un paisano, un amigo que hace tiempo que no veo! Perdonad un momento, en seguida vuelvo. ¡Eh, Monteleone! ¡Monteleone! (Se aleja precipitadamente fondo izquierda.)

CORINA ¡Oh, es originalísimo ese príncipe!

LUISA ¡Qué hombre más sujestivo!

BOBY ¡Qué gracejo!... ¡Qué movilidad! (Vuelven á formar su reunión.)

ESCENA IV

DICHOS: menos CASTO

CONDE (A Anita, llevándola aparte discretamente hacia la derecha.) Deseaba ardientemente que nos quedáramos solos.

ANITA Yo lo temía, conde.

CONDE ¿Por qué?

ANITA ¡Estoy inquieta! Ese hombre me cela bárbaramente y es tan peligroso... ¡Ah, si nos sorprendiera, temería por la vida de usted.

CONDE Qué me importa mi vida.

ANITA A mí, sí.

CONDE (Apasionado.) ¡Anita!

ANITA Sepárese usted, Adolfo, se lo ruego.

CONDE ¡Anita de mi alma!

ANITA Le suplico que no vuelva á pensar en mí. Yo haré un esfuerzo supremo y no volveré á pensar en usted.

CONDE ¡Oh, Anita! Pero ¿has pensado en mí alguna vez?

ANITA No sé... no me lo pregunte.

CONDE ¡Oh, qué felicidad! Si eso es cierto, huyamos; deja á ese hombre.

ANITA Imposible, no puedo. (Cambia de mano el abanico de un modo visible.)

CONDE ¿Le amas acaso?

ANITA ¿Amarle? ¡No, Adolfo mío! No le amo, pero... pero...

CONDE ¿Pero qué?

ANITA ¡El príncipe! ¡Silencio, por Dios! (Se separan rápidamente; el conde, muy contrariado, se tira de las solapas del frac.)

ESCENA V

DICHOS y CASTO por el fondo izquierda.

CASTO (Que llega rápidamente.) ¡Ah! ¡Oh! ¡¡Solos!! ¡¡Ustedes solos!! (Hace un gesto de duda y recelo, y se tira también de las solapas del frac.)

ANITA (Fingiendo turbación.) No; era que... sino que como tú... yo creía que...

CASTO Basta. Aunque te contraríe grandemente, tenemos que alejarnos del conde. Lo siento mucho, pero... (Avanzando hacia él.) Conde, una pregunta: ¿Es usted aficionado á las armas? (Con siniestra intención.)

CONDE ¡Mucho!

CASTO Invitaré á usted en breve á un asalto.

CONDE — Tendré un placer infinito.

CASTO — Hasta luego. (Coge del brazo á Anita y siguen paseando.)

CONDE — (¡Este hombre es un Otelo! Pero ella dió á entender claramente que me ama. ¿Qué me importa lo demás? ¡Ah, por mucho que la vigiles, será mía: lo juro!) (Vase primera izquierda.)

CASTO — (A Anita, avanzando al proscenio.) ¿He estado bien?

ANITA — ¡Colosal! Hay momentos en que me das miedo.

CASTO — ¿Y cómo va eso?

ANITA — A las mil maravillas. Está intrigadísimo. (Pequeña pausa y confidencialmente.) Pero ahora, Casto, óyelo bien: para el éxito completo de mi plan, necesito de tí un favor. Un favor culminante. Un favor algo peligroso, pero definitivo. Si te atreves, la victoria es nuestra.

CASTO — ¿Y qué es?

ANITA — Necesito que aquí, esta misma noche, des un escándalo, que atraiga sobre nosotros la atención de todo el mundo.

CASTO — ¿Armar escándalo? ¡Mi especialidad!... ¿Quieres que deje algo á deber y verás qué bronca?

ANITA — ¡No, hombre; por Dios! Lo que necesito es otra cosa más seria; más grave; por ejemplo: que le pegues una bofetada á cualquiera de estos señores.

CASTO — (Aterrado.) ¡Canario!

ANITA — El que te sea más antipático.

CASTO — No; si precisamente me he estado fijando y no he encontrado una persona que no sea cariñosísima y...

ANITA — Casto, no valen subterfugios. Tu misión tenía estos peligros. No todo va á ser comer y fumar y regalarse. Necesito una bofetada... un duelo...

CASTO — Bueno, Anita, pero es que á mí siempre me ha dolido pegarle á un infeliz.

ANITA — No seas compasivo.

CASTO — Si digo que siempre me ha dolido, por las bofetadas que me han dado después.

ANITA — Mira, Casto: el asunto es que yo necesito que un hecho real confirme á los ojos del conde tu reputación de valiente y de celoso. Esto me da á mí un atractivo enorme. Casto, no vaciles; son muchos millones. Es precisa esa bofetada. No olvides tus doce mil duros.

CASTO — ¡Ah, sí! ¡Calla, calla! ¡Doce mil duros!... No me recuerdes eso, porque le pego al gobernador. Busca el carrillo que más te guste.

ANITA — Elígelo tú. Yo me alejo con esas señoras. Espera á que termine este baile: «El wals de las sombrillas», que va á cantar la Troupe de Tzínganes, y luego...

CASTO — Descuida. En cuanto termine el wals, el *saco de Roma* va á ser un pequeño talego comparado con la hecatombe que voy á producir. (Se separan; Anita, con Luisa, Corina y Boby, se alejan fondo derecha; Casto, se une á un grupo del fondo.)

ESCENA VI

Coro general: La Troupe de Tzínganes, compuesta por cuatro parejas, trajes á capricho de jardineros; ellas con sombrillas del mismo color. El director de la Troupe, de frac encarnado. Salen primera izquierda. El director queda junto á la lateral. Luego avanza Casto. La concurrencia atiende al número.

Este número se pondrá á gusto de los señores directores, pero teniendo en cuenta que ha de ser por parejas, que haya igualdad en todos los movimimientos y que cada vez que tengan que darse un beso, se cubren las caras con las sombrillas abiertas, y las cierran inmediatamente.

Música

ELLOS
Nenita
bonita,
contigo á tus jardines una flor
iré á cortar hablándote.
¡Ay, de mi amor, de mi amor, de mi amor!

ELLAS
Si viene
mi nene
conmigo á mis jardines, ¡qué placer!

mirándome en tus ojos,
más feliz que nunca voy á ser.

ELLOS Vamos, pues, dulce amor,
á cortar esa flor,
que placeres sin fin
nos brinda tu jardín.
Y ahora dulce ilusión
tu sombrilla abre ya
y así el sol en tu rostro no dará.
(Abren ellas las sombrillas.)
Dame un beso de amor,
que un beso aquí será,
alma mía, morir
de felici... (Se cubren las caras con la sombrilla y suena detrás un beso. Volviendo á descubrirse.) dad.

(Durante varios compases, evolucionan por parejas, y ellas se sientan en sillas que colocan ellos, y cierran las sombrillas.)

TODOS ¡Mi bien!
¡Mi amor!
Otro beso de amor
dame por fa...
(El mismo juego de antes.) vor.

ELLOS ¡Mi nena!

ELLAS ¡Mi nene!

ELLOS ¿Me quieres como yo te quiero á tí?
¿Así me quieres? ¡Dímelo!

ELLAS Sí

ELLOS ¿Sí?

(Van iniciando el mutis por donde salieron. En el momento indicado en la partitura, abren la sombrilla y figuran darse otros dos besos y hacen mutis con los últimos compases. El público del salón aplaude.)

Hablado

CASTO (Avanzando.) ¡Bravo, señor director! ¡Bravísimo! ¡Son ustedes unos verdaderos artistas!

DIRECTOR ¿Le ha gustado á V. E. cómo ha cantado la *troupe Tzíngana?*

CASTO Para ser *Tzíngana,* lo ha hecho muy bien.

DIRECTOR Reconocidísimos á V. E., príncipe. (Se aleja primera izquierda.)

ESCENA VII

Dichos menos la troupe y el director. Un pollo, primera derecha. MISTER YELIN, primera derecha. El CONDE de HOLSTEIN y FEDERICO, fondo izquierda. ANITA, LUISA, CORINA BOBY, fondo derecha.

CASTO — Bueno; ha llegado el momento de suministrar la chuleta consabida. Vamos á la bronca. Y que esta bronca también es *Tzíngana*, como la *trupe* esa. !Y á quién le atizo yo la bofetada, Dios mío! ¡Tienen todos unas caras tan agradables! (Fijando hacia el interior del fondo derecha.) ¡Anda!... ¡Y Anita haciéndome señas para que la endilgue cuanto antes! (Como hablando con ella.) ¡Voy, voy! ¡No creas tú que es fácil ponerle á uno el carrillo como un tomate! (Sale un pollo y se une á un grupo de la izquierda.) ¡Hombre! (Fijándose.) ¡A propósito de tomate: este pollo no me disgusta! Parece tierno, apacible, inofensivo.... (Digiéndose á Anita.) Ya tengo escogido un pollo. (Para sí.) Ahora, que lo que me convendría mucho es que este pollo fuese pollo y *gallina* al mismo tiempo. (Viendo aparecer á Mister Yelín, que se une al grupo de la izquierda.) ¡Canario! ¡Tampoco es despreciable este señor para!.... (Acción de pegar.) ¡Qué mofletes! ¡Tiene una cara que invita á la *chuleta!* ¿Tendrá mal genio, Dios mío? Esto me puede producir una catástrofe, pero ¿y los doce mil duros? Decididamente, este es mi víctima. ¿Y qué pretexto pongo para atizarle? ¡Nada: que me ponga la cara á tiro, se la arreo y sea lo que Dios quiera! Valor. (Mister Yelín se despide del grupo y pasa á la derecha á coger una silla; Casto le llama la atención, dándole un golpecito en el hombro.) Esta silla es mía.

YELÍN — ¿Qué? (Sin alargar la cara.)

CASTO — (¡Es sordo!) (Más fuerte.) Que esta silla es mía.

YELÍN — ¡Oh, mil perdones! Cogeré otra. (Va hacia la izquierda y el mismo juego.)

CASTO También es mía.

YELÍN ¡Oh, cuánto siento molestarle! ¡Dispénseme!

CASTO (¡Pues no se enfada!) (Vuelve Yelin hacia la derecha y el mismo juego.) ¡Eh; un momento!

CASTO ¿Es de usted también?

YELÍN (Muy fuerte; los de escena empiezan á fijarse en lo que ocurre, pero sin avanzar.) Es de quien á usted no le importa. Y á mí no se me dicen impertinencias: Usted no tiene educación, eso es.

YELÍN Repórtese, que hay gente, y usted, por lo visto, me quiere poner la cara colorada.

CASTO Como un tomate.

YELÍN ¿Qué? (Acerca la cara como para oir bien.)

CASTO (¡Uy, qué bien se ha colocado! ¡Ahora ó nunca!) ¡Só grosero! (Le da una bofetada terrible. El inglés se tambalea. Se arma un escándalo espantoso; las mujeres gritan, los hombres acuden á separarlos, formando dos grupos: Casto á la izquierda, con Federico y el Conde, que salen en este momento, como igualmente Luisa, Corina y Boby quedan á la derecha; en el centro Anita y á la derecha, Yelín, sujeto por varios caballeros; el resto, rodean los grupos; los criados retiran todas las sillas.)

YELÍN ¡Oh, cobarde, miserable!

TODOS ¿Qué pasa? ¿Qué ha sido?

UNOS ¡Príncipe!

OTROS ¡Mister!

CASTO ¡Es un canalla! ¡un impertinente!

CONDE Pero príncipe, ¡por una silla!

YELÍN ¡Oh, cobarde!... ¡Oh, miserable!

CASTO (Soltándose y dirigiéndose á todos y en particular al conde.) ¡No es la silla! La silla ha sido el pretexto para castigarle. Es que estaba mirando impertinentemente á Anita, y es preciso que todo el mundo lo sepa: incorrecciones con esta mujer, no las tolero. Eso es.

ANITA (Fingiendo llorar.) ¡Oh, qué hombre, qué loco!

YELÍN (Soltándose de los que le sujetan.) ¡Oh, soltadme! (Con calma.) Nada, no ha sido nada. (Se acerca á Casto y cogiéndole de un brazo lo trae al pros-

cenio y le dice casi confidencialmente. Casto demuestra cierto temor, á pesar de fingir tranquilidad y valentía.) No puedo batirme.

CASTO (Aparte con gran valentía.) (¡Hombre!)

YELÍN Soy de la liga antiduelista.

CASTO (¡Qué bien!)

YELÍN Pero mañana, en duelo secreto, morirá usted.

CASTO (Con cara de espanto.) (¡Canario!)

YELÍN De donde menos se piense, de dentro de un armario, de detrás de un árbol, de debajo de una cama, saldré á vengar este ultraje. *Gut nait.* (Saluda y se retira primera derecha.)

CASTO (¡Caracoles!) (Reponiéndose envalentonado y queriendo seguirle; algunos se interponen.) ¿Y á mí qué? Lo que hizo mi mano, lo confirmará mi espada.

CORINA ¡Príncipe, yo creo que ha procedido usted ligeramente!

CASTO (Acercándose al prupo que forman en la izquierda.) ¿Ligeramente y he estado media hora escogien... digo, aguantándolo? ¡Oh, no; yo no podía tolerarlo. (Siguen hablando en voz baja.)

CONDE (A la derecha y aparte con Anita.) ¿De modo que accedes?

ANITA Sí; te avisaré una noche, muy pronto. Yo dejaré una ventana abierta. Te guiarán las notas de un wals. No puedo resistir más á ese bárbaro. Estoy dispuesta á todo.

CONDE ¡Oh, gracias; gracias, Anita!

ANITA Ten cuidado, que tu vida peligrará.

CONDE Nada temo, ¡todo por tu amor! (Se separan.)

CASTO (En voz alta y riendo.) Pero yo soy así; ya tan alegre. ¡Reine la alegría! ¡Corra á torrentes el champagne! Hoy un carrillo colorado, mañana un inglés fenecido, amoríos, duelos, escándalos... ¿Qué es la vida sin estos pequeños accidentes? ¡Una ñoñez! Anita, riamos. Señores, bebamos; bebamos y cantemos; cantemos un himno al amor.

TODOS Sí, sí. (Forman diferentes parejas.)

Música

TODOS	Si es el amor
de los placeres el mayor,
amar siempre debe ser
la locura del placer.
Yo quiero amar
un día y otro sin cesar
y el amor no interrumpir;
siempre amando hasta morir
ANITA	Vivamos para el amor;
pensemos sólo en querer.
A gozar, á gozar
de ese inmenso placer,
que hace al alma estremecer.
Y en noches de frenesí
jurándose eterno amor,
entre «quiéreme tú á mí»,
y entre besos de pasión,
goza alegre el corazón.
TODOS	Vivamos para el amor;
pensemos sólo en querer.
A gozar, á gozar,
etc., etc.

(Mucha animación y alegría.)

TELÓN DE CUADRO

INTERMEDIO MUSICAL.—MUTACIÓN

CUADRO CUARTO

DECORACIÓN

Gabinete elegante de una villa francesa. Al foro centro, una ventana amplia practicable que da a un jardín iluminado por la luna. Una puerta practicable á cada lado de la habitación. Fondo derecha, piano adornado con tapete, centro con flores y bibelots. Fondo izquierda, un secreter con cajones y sobre él descansa un timbre de pera que, al oprimirlo, suena dentro. Delante de cada puerta, una mesa forma apaisada; sobre la de la izquierda, lámpara eléctrica de pie, estilo imperio; una botella de Benedictine y copitas; á la derecha de la mesa una chaisse-longue, con la cabecera hacia el foro y un poco escorzada; á la izquierda, una butaca. Sobre la mesa de la derecha, jarra de cristal con agua, copas y otra lámpara eléctrica, que haga pendant; ambas encendidas. A la derecha de esta mesa, otra butaca y á la izquierda una silla volante. Sillería elegante estilo Renacimiento. Al empezar el cuadro las puertas están cerradas y la ventana entreabierta. Es de noche.

ESCENA PRIMERA

ANITA y CASTO, trajes de casa. Luego por la izquierda una DONCELLA

(Al levantarse el telón, aparecen sentados: Casto, de espaldas á la puerta de la izquierda, y Anita, frente á él.)

CASTO — (Con energía.) Te he dicho que me marcho y me marcho.

ANITA — Vamos, hombre, no digas tonterías.

CASTO — Te he dicho que me marcho y me marcho, Anita; no lo dudes.

ANITA — ¡Pero Casto, por Dios! ¿No comprendes que tu miedo es ridículo y pueril?

CASTO — ¿Pueril? ¡Si yo me hubiese figurado las agallas que tiene ese inglés, de dónde le

pego yo la bofetada que le pegué! Desde aquel día no vivo. Tengo el presentimiento de que voy á morir á manos de ese bárbaro. Mira: nunca me había dado miedo dormir solo; pues ahora, que te diga la doncella... que tuvo que avisar al portero la otra noche, para que subiese á hacerme compañía.

ANITA ¡Y lo confiesas! ¡Oh! (Gesto de desprecio.)

CASTO Es que cuando me acuerdo que dijo que de dentro de un armario, de debajo de una cama, que de cualquier lado saldría para matarme, estoy en casa—que ya ves que puedo estar tranquilo—y me parece que se va á abrir una puerta y... (Se abre la puerta de la izquierda y da un salto, poniéndose tembloroso.) ¡Aaaah!

DONCELLA (Apareciendo con el servicio que indica y deja sobre el velador de la izquierda.) Venía á traer á la señora su refresco de naranjada para antes de acostarse. (Anita se levanta riendo.)

CASTO (Tartamudeando del susto.) Oi... oi... oiga usted, ni... ni... niña: otra vez pre... pre... pregunte usted si se... si se puede entrar, caramba; que me he... que me he... me he figurado que... ¡Caramba!

DONCELLA Dispensen los señores. (Vase.)

ANITA (Riendo.) ¡Ja, ja, ja! ¡qué miedo tienes!

CASTO ¡Ah! ¿Te burlas? Bueno, pues búrlate, pero un servidor sale para Madrid en el rápido de las cinco de la mañana.

ANITA ¡Pero Casto, por Dios! ¡Reflexiona! ¡Marcharte ahora, en el preciso momento en que nuestro plan llega á su punto culminante! ¡Sería insensato!

CASTO Pero, ¿y si viniera el inglés?

ANITA No temas, Casto. Piensa que nuestra fortuna va á resolverse dentro de unos instantes, si sale bien nuestro plan. Ya sabes que he citado al conde para esta misma noche. Voy á decirle, según hemos convenido, que me sorprendiste escribiéndole una carta, que quieres matarnos, que es preciso que huyamos de tu lado y que para ello es necesario que yo te dé un

narcótico. Por mi parte, lo dispondré todo de manera que la comedia parezca realidad; y en cuanto el conde te vea narcotizado, nosotros, aprovechando tu sueño, huímos y quedas libre.

CASTO Muy bien, esperaré esta noche. Y respecto á cómo voy á representar mi papel de amante celoso y narcotizado, quedarás plenamente satisfecha. Pero, oye, ¿y mis doce mil duros?

ANITA Descuida; no quedarás sin ellos. Calla. (Quedan atentos.)

CASTO ¿Qué es?

ANITA Parece que en el jardín...

CASTO (Se acerca á la ventana con cuidado.) ¡Sí!... ¡él es!

ANITA (Acercándose también.) ¡El! Sí ¡no hay duda! (A Casto.) Vete.

CASTO Ten valor.

ANITA Por Dios, Casto; á ver cómo te portas. Vete. (Vase Casto por la derecha y cierra. Anita se sienta á tocar el piano.)

ESCENA II

ANITA. El CONDE

Música

(A su tiempo, aparece el CONDE por la ventana (traje de americana) entra, se cerciora que está sola y va poco á poco á su lado. ANITA deja de tocar y se levanta.)

CONDE
Al fin puedo,
mi Anita adorada,
lograr que estés cerca;
muy cerca de mí.
Al fin puedo mirarme
en tus ojos así.
¡Lo que tanto soñé!
¡Lo que nunca creí!

ANITA
Yo también,
alma mía, soñaba
y nunca mis sueños
creí realizar.

CONDE
¿Tú soñabas conmigo?

ANITA	Contigo también
y moría de felicidad.

—

Soñaba que amarte
sería un consuelo.

CONDE	¡Mi cielo!

ANITA	Soñaba en tus brazos
caer aturdida.

CONDE	¡Mi vida!

ANITA	Y al fin yo soñaba
lograr la victoria.

CONDE	¡Mi gloria!

ANITA	Dudando mi anhelo alcanzar,
¡sólo mi bien soñar.

CONDE	¡Vida mía!
Si eres tú muy feliz
nada me importa ya;
nuestro sueño de amor
hoy es realidad.

ANITA	En tu amor, dulce bien,
que es mi placer mayor,
sólo quiero pensar en tu amor.

CONDE	También yo soñaba
y fué mi consuelo.

LOS DOS	¡Mi cielo!

CONDE	Que al fin en mis brazos
me amabas vencida.

LOS DOS	¡Mi vida!
También estos sueños
creía ilusión
y goza al saber mi pasión
mi corazón.

(Se separan como si oyesen un ruído; el Conde va hacia la ventana. Anita mira por todos los lados, uniéndose en el centro para terminar el número abrazados.)

¡¡Mi amor!!

Hablado

CONDE	Pero díme, amor mío: ¿qué te sucede para esa inquietud?

ANITA	No, no; todo es inútil. Quería ocultárselo, pero á qué luchar más. Sí, Adolfo; sí; es preciso que nos separemos para siempre.

CONDE ¡Anita! ¿Qué dices?

ANITA ¡El príncipe lo sabe todo!

CONDE (Aterrado.) ¡Todo!

ANITA ¡Me sorprendió escribiéndote una carta; su mano bárbara castigó mi mejilla! ¡¡Ah!! (Llorosa.)

CONDE (Indignado.) ¡Oh, cobarde!...

ANITA Huye, vete; déjame aquí sola. Déjame morir por tu amor. Es mi sino; ¡quizá mi redención... ¡Déjame!

CONDE ¿Dejarte yo? ¡Jamás!

ANITA Sí, Adolfo; sí.

CONDE ¿Morir tú? Morir, tal vez; pero en mis brazos, de felicidad y amor y juntos, siempre juntos.

ANITA Sí; siempre juntos.

CONDE Aquí ó lejos de aquí; pero sin separarnos más.

ANITA Lejos, lejos de aquí; lejos de ese hombre, que es la amenaza, que es la muerte. Llévame, sí! ¡Oh!, ¿si pudiéramos huir?...

CONDE ¿Y por qué no? ¡Ahora, ahora mismo!

ANITA ¡Oh!, pero ¿y si nos acecha y nos aniquila?

CONDE No importa.

ANITA ¡Calla!... ¡No conoces á ese tigre! (Pensativa y como tomando una resolución heróica.) ¡Oh, sí!

CONDE ¿Qué piensas?

ANITA Sí; estoy resuelta. (Con firmeza.) ¡Huiremos sin peligro!

CONDE ¿Cómo?

ANITA ¡Estoy aterrada! ¡Mira cómo tiemblo! Pero es preciso, es necesario; le daré un... (Se detiene como acobardada.)

CONDE (Aterrado.) Anita... ¿qué ibas á decir?

ANITA ¡Un... un narcótico!

CONDE Sin embargo, eso es algo infame y cobarde, que yo...

ANITA No hay remedio.

CONDE No, eso no; jamás.

ANITA (Sacando del secreter un pomo fingiendo echar unas gotas en la copa de la naranjada.) Sí; aquí, en el refresco. (El Conde trata de evitarlo.) Es preciso; tu vida, nuestro amor.

CONDE No, eso no; nunca. (Se oye toser á Casto.)

ANITA (Aterrada.) ¡¡El!!

CONDE ¡Demonio!

ANITA Aquí, ocúltate aquí.

CONDE Esto es una cobardía, pero por tí...

ANITA ¡Calla!... ¡Pronto!... ¡Silencio! (Lo oculta en la puerta izquierda.)

ESCENA III

ANITA y CASTO por la derecha

CASTO (Con acento trágico,) ¡Oh!... ¡Un aliento de traición y de muerte flota en el aire!

ANITA (Con voz dulce.) ¡Casto!

CASTO ¡Calla, miserable! ¡Oh, qué horror! ¡Un incendio que lo abrasará todo, me devora! ¡Me ahogo! (Haciendo que se fija en el refresco.) ¡Tengo sed! ¡¡Oh!! (Bebe.) ¡Qué delicia! (Sentándose en la chaisse-longue.) ¡Me siento otro!

ANITA ¡Casto!

CASTO ¡Silencio! No quiero oirte más. ¡Oh, qué diferencia de los Castos de ahora á aquellos otros Castos que sonaban en mis oídos como los gorgeos dulcísimos de un canario flauta. (De pronto y con terror.) ¡¡Oh!!... Pero, ¿qué languidez me invade? ¡Parece que la luz me falta! (Mira al aparato de la luz.) ¡Esa bombilla... esa bombilla está cansada!... ¡Yo estoy rendido!... ¿Qué es esto?... ¡Siento un frío mortal! ¿Qué me sucede? ¡Ah! ¡todo cruza vertiginosamente por mi imaginación: su infancia, su amor, mis celos, las fiestas, los bailes!... ¡Oh, sí... ¡Ya! (Queda tendido en la chaise-longue fingiéndose narcotizado. Con los movimientos, se le cae al suelo un cigarro puro que lleva en el bolsillo de la americana.)

ANITA ¡Casto! (Se separa de él y se acerca á la habitación donde se oculta el conde.)

CASTO (Aparte.) (¡Atiza! ¡Se me ha caído el caruncho y me lo van á pisar!)

ESCENA IV

DICHOS: El CONDE

CONDE (Saliendo.) ¿Dormido?

ANITA ¡Gracias á Dios!

CONDE Huyamos.

ANITA Voy por las alhajas y á ponerme un abrigo.

CONDE ¡Pronto, estoy nervioso (Vase Anita por la derecha.) ¡Al fin, mía! ¡Y á despecho de este bárbaro! ¡Oh, qué ventura! (Va pasando hacia la derecha.)

CASTO (¡Me lo pisa!) (Da un gran suspiro; el conde se aparta rápidamente.) ¡Aaah!

CONDE ¡Me asusté!... Estoy sobrecogido, nervioso...

ANITA (Volviendo á salir con abrigo y un saco de mano.) ¡Pronto; por aquí!

CONDE Vamos. (Se dirigen hacia la izquierda.)

ESCENA V

DICHOS. MISTER YELIN, por la izquierda. Traje de americana

YELÍN (Apariciendo.) Buenas noches.

ANITA (Retrocediendo asustada.) ¡Jesús!

CONDE ¿Usted aquí?

CASTO (Haciendo esfuerzos para mirar.) (¿Quién será?)

ANITA Pero ¿á estas horas?...

YELÍN (Sin avanzar de la puerta.) Perdonen mi inoportunidad; necesito ver al príncipe.

CASTO (Aterrado.) (¡El inglés!... ¡¡Horror!!...)

ANITA Pero ver al príncipe á estas horas, no me explico...

YELÍN Señora, excúseme; asuntos de honor, no tienen hora.

CONDE Mister, usted dispense; íbamos á salir...

CASTO (¡Que me echen un capote, Dios mío!)

ANITA El príncipe es morfomaníaco, se dió una inyección exagerada y está ahí dormido.

YELÍN Aguardaré que despierte; no tengo prisa.

ANITA (Decidiéndose.) ¡Pronto, Adolfo!

CONDE Vamos. (Vánse.)

YELÍN Felicidad. (En la misma puerta señalando á los que huyen.) Un idilio que empieza. (Cierra la puerta.) Una tragedia que acaba. Los contrastes de la vida. ¡Oh, eterna ironía! (Deja el sombrero y avanza al centro de la escena, mirando á Casto.) ¡Oh, qué dulce sueño!... Ya despertará. (Cogiendo la silla de la izquierda del velador de la derecha y dando un golpe con ella en el suelo.) Hoy lo mato. (Se sienta; un poco escorzada la figura para dar la espalda á Casto.)

CASTO (¡Requiescat-in-pace! Tienes para mes y medio.)

ESCENA VI

CASTO. MISTER YELIN

YELÍN Lo prepararé todo.

CASTO (Esforzándose por mirar.) (¿Qué irá á hacer? Estoy horrorizado.)

YELÍN (Sacando dos pistolas de dos cañones y cápsulas y dejándolas sobre el velador.) Las pistolas.

CASTO (¡Atiza!)

YELÍN Las cargaré. (Carga la primera y vuelve á dejarla.)

CASTO (¡Pero para cuándo son los fenómenos seísmicos! ¡Dios mío, un terremoto! (Al ruido de preparar la segunda pistola, Casto se estremece.)

YELÍN ¡Me pareció que se estremecía! (Se levanta y va hacia él cautelosamente con la pistola en la mano.) Si tarda en despertar de este sueño, pasará al sueño eterno.

CASTO (Nuevo estremecimiento.) ¡Aaaah!

YELÍN (Que ha ido á dejar la pistola.) ¡Caramba! (Mirándole de nuevo.) ¡Se agita! (Tocándole la frente.) ¡Está yerto! ¡A ver el corazón! (Le ausculta.)

CASTO (¡De qué buena gana le mordía!)

YELÍN ¡Está temblando bárbaramente! (Pasea como meditando.)

CASTO (Mientras está de espaldas Yelin.) (Pero qué querrá este asesino: ¿Que me ponga á to-

car la bandurria?) (Marca dicho movimiento y postura, y al volverse Yelín queda inmóvil en la misma posición.)

YELÍN Si yo pudiera reaccionarlo salpicándole con un poco de agua. Probaré. (Coge una copa, le coloca los brazos en su posición natural, se moja él los dedos en el agua y le espurrea la cara.)

CASTO ¡Aaah! ¡Aaaah! (Estremeciéndose.)

YELÍN Pronto despertará. (Deja la copa.)

CASTO (¡Si yo pudiera pedir socorro de un modo astuto! Pero, ¿cómo?)

YELÍN (Vuelve á sentarse, saca una cartera, arranca de ella una hoja y con una pluma stilográfica se pone á escribir.) Escribiré mi declaración á la policía, por si soy yo el que muere.

CASTO (¡Ah! ¡Creo que me he salvado! Como es algo sordo, no oirá.) (Se encarama por la chaisse-longue hasta llegar con las manos al secreter y oprime el pulsador del timbre, que suena dentro, volviendo a echarse como estaba antes.)

YELÍN (Por lo que escribe.) Me parece que esto está claro. (Lo lee en voz baja.)

CASTO (Con voz apagada, como de persona que sueña ó delira.) ¡Anita! ¡Infames!

YELÍN (Volviéndose hacia él.) ¡Habla!

CASTO ¡Vuestra traición! ¡Mi honor!

YELÍN ¡Este hombre delira! ¿Qué dice?

CASTO ¡El conde se la lleva!

ESCENA VII

DICHOS: Una DONCELLA, por la izquierda, con una bandeja y sobre ella una copa con leche y un platillo con bizcochos.

DONCELLA (Abriendo la puerta y casi sin avanzar.) ¿Llamaban los señores?

CASTO (Siempre delirando.) ¡Quiero irme!

YELÍN (Extrañado.) ¡No ha llamado nadie! ¿Por qué viene usted?

DONCELLA Porque ha sonado el timbre.

YELÍN ¡El timbre! (Mira á Casto y pone cara de sorpresa.) No puede ser.

CASTO ¡Pegarle fuego al hotel!

DONCELLA Pues yo aseguraría que...

CASTO ¡Que venga la policía! (La doncella mira de cuando en cuando á Casto, extrañada de lo que está pasando.)

YELÍN Le he dicho á usted que no ha llamado nadie.

DONCELLA ¿Pues qué dice el señor?

CASTO ¡Quiero irme!

YELÍN El señor, delira; es el sueño de la morfina.

CASTO ¡Que venga la policía! ¡El conde se la lleva!

DONCELLA Además, yo venía á traer al señor los bizcochos y la leche que toma todas las noches.

CASTO ¡Se la lleva!

YELÍN Pues llévesela usted.

CASTO ¡Que no se la lleve! ¡Quemar el hotel!

DONCELLA En fin: perdone el señor. (Vase y cierra.)

CASTO (Desesperado) ¡Jacoba! (¡No me ha entendido esa imbécil! ¡Estoy perdido!) ¡Jacoba!... (¿Qué hago yo?)

YELÍN (Leyendo lo escrito.) «Declaro que nadie me causó la muerte que voluntariamente he buscado. Cuando mi cadáver se encuentre... (Interrumpe la lectura como para acentuar una palabra.)

CASTO (Yo me decido; me juego el todo por el todo.) (Se levanta.)

YELÍN (Siguiendo) «..... cuando mi cadáver se encuentre en este gabinete.....»

CASTO (Que ha ido avanzando cautelosamente, coge una de las pistolas y dispara al aire, pero cerca de la cabeza del inglés, que cae al suelo del susto, mientras él, veloz como un rayo, se tira de un salto por la ventana al jardín, sin dejar de gritar:) ¡Fuego!... ¡Ladrones!... ¡Fuego!... ¡Socorro!...

YELÍN (Levantándose rápidamente y cogiendo la otra pistola) ¡Ah, miserable! ¡Miserable! (Corriendo á la ventana y apuntando.) ¡No le veo! ¡Dónde! ¡Dónde! (Todo este final rapidísimo. Música en la orquesta,

MUTACIÓN



Telón corto de jardín. Es de noche.

ESCENA PRIMERA

CASTO y KOC

CASTO sale aterrado, huyendo, con la ropa descompuesta y sucio de tierra. Viene agarrado al negro. Salen por la izquierda.

KOC ¡Pero mi amo!... ¡Pero señó!

CASTO ¡No te apartes, no te apartes, por tu salud, que me encañona! ¿Está en la ventana?

KOC (Mirando hacia la izquierda.) Allí se ve la silueta.

CASTO Pues no te apartes, Koc. Arrímate, ven, que tú me obscureces.

KOC Pero, ¿y si dispara y me dá á mí?

CASTO Estamos en la sombra y no creo que por mucho que afine la puntería pueda hacerte blanco. ¡Ay, Koc de mi vida, dame tu calor!... ¡Ay, Koc, qué cisco se ha armado!

KOC ¿Pegarle á mi amo? Si yo lo sé, me ensiendo y le caliento. (Acción de pegar.)

CASTO Por Dios, Koc, no te atufes; cálmate. ¡Ay, si yo lo hubiera sabido! ¡Y yo que creí que el papel de príncipe era para gozar nada más! Pero, claro: esto me ha pasado á mí, por ser príncipe al *carbono:* Príncipe *ful*, vamos. ¡Era mucho mejor lo que yo era!

KOC ¿Y qué era usted?

CASTO Sin vergüenza; pero de los legítimos.

KOC ¿Y qué habrá sido de la señorita? ¿Qué hará?

CASTO ¡Qué se yo! Se ha fugado hace media hora, con que calcula cómo lo voy á saber.

KOC ¿Y qué va usté á haser?

CASTO Pues buscarla; porque ¿cómo volvemos á España sin un céntimo? Ese animal de inglés me ha obligado á salir de casa con una precipitación, que no he podido coger nada para... empeñarlo.

KOC ¿Y qué hasemos?

CASTO Pues lo mejor... ¡Ah! (Mira con fijeza por la izquierda.) ¡Oh! ¡¡El inglés!!... ¡Corre, Koc!

KOC ¡El inglés!... ¡Me ensiende!... ¡me ensiende!

(Salen huyendo por la derecha.)

ESCENA II

MISTER YELÍN

Música

(Sale por la izquierda, marcando pasos largos y rítmicos, con la pistola en la mano, buscando á Casto por todas partes.)

Recitado

YELÍN Lo lograste, caro príncipe,
huir por esta vez;
te escapas de mis uñas;
tus pasos seguiré.
Ocúltate en América,
ocúltate en Japón,
ó vete á la Siberia,
ó vete á Wagsintón.
Me importa tres cominos
donde te escondas tú.
En donde yo te trinque,
no dices ni Jesús.

(Vase por la derecha igual que salió. Sigue la música.)

MUTACIÓN

CUADRO SEXTO

Plazoleta en un Boulevard de una ciudad francesa. A cada lado, en segundo término, un Bar. Mesas en la calle. Es de día.

ESCENA PRIMERA

(Al levantarse el telón, aparecen las mesas llenas de gente. (Coro general.) (Toilettes para calle en verano.) Una orquesta de Tzínganes, colocada en el fondo derecha, pegados al Bar, ameniza la reunión tocando un vals ante la concurrencia. Varios camareros sirven.

Sigue la música

CORO

Oir el ritmo
de un wals vienés,
¡qué gusto da,
qué hermoso es!
¡Es la suprema
felicidad!
¡Qué placidez!
¡Qué sensación
de voluptuosidad!

(Todos acompañan á los músicos silbando el vals.) (Terminado el número, todos quedan en sus sitios hasta el final de la obra.)

ESCENA II

ANITA, AMIGA 1.ª, AMIGA 2.ª, CARACUL y AMIGO 1.º, por el fondo derecha. (Ellas, trajes elegantes de calle.)

Hablado

CARACUL (Que es un tipo de ridícula elegancia, sale con un ramo en la mano, monóculo, flor en el ojal, botines, etc.) ¡Oh, Anita, cuánto te amo! Estas

flores, al perfumar tu seno, te dirán que sólo ansío... ansío...

ANITA ¡Ay, mi querido Caracul: si no fueras tan imbécil, con qué gusto soportaría lo cursi que eres!

CARACUL (Riendo con risa estúpida.) ¡Oh, estás despechada porque he mirado á Mlle. Jorgette! Anita, no tengas celos; mi amor es frívolo, pero en su frivolidad, sólo á tí perfuma. Y á propósito: toma estas flores, que deseo que te aromen, que te embalsamen...

ANITA ¡Ay, ¿por qué no te embalsamarán á tí, rico mío?

CARACUL ¡Oh, eres etérea, etérea! Y ahora, espérame aquí un momento, que vamos á encargar un gabinete. No sufras; mi ausencia durará un minuto.

ANITA Oye, cielo: si quieres, tarda, que no me intranquilizaré. Tarda, tarda. (Vanse Caracul y el amigo al interior del Bar de la derecha.)

ESCENA III

DICHOS: menos CARACUL y AMIGO

AMIGO 1.º Pero ¿de dónde has sacado este tipo tan ridículo?

ANITA De mi fatalidad.

AMIGO 2.º ¿Y quién es?

ANITA ¡Qué se yo! Uno; uno de ésos imbéciles que hay que aguantar para ir viviendo. ¡Y todavía hay quien la llama alegre á esta vida nuestra!

AMIGO 1.º Pero, ¿y aquel príncipe multimillonario que te acompañaba?

ANITA ¿Aquel príncipe? ¡Pobre Casto! Le traicioné huyendo de su lado con el conde de Holstein.

AMIGO 2.º ¿Y qué has hecho del conde?

ANITA ¡Oh, no me habléis del conde! Cegada por su fortuna huí con él y pasamos ocho días deliciosos en un rincón de Holanda, transcurridos los cuales, el conde... ¡ay

huyó, encargándome en una carta que pagara el hotel y que le perdonara su conducta y el par de pendientes que se llevaba para poder seguir el viaje.

AMIGO 1.° Entonces, su fortuna...

ANITA Su fortuna fué que no le cogieran los gendarmes, si no á estas horas está en la cárcel. Era un fullero.

AMIGO 2.° ¡Fatal desenlace!

ANITA El fracaso de mi vida. (¡Pobre Casto!... ¿Qué habrá sido de él? ¡Quizá haya muerto á manos del inglés!... El, muerto; yo, con Caracul... ¡El es más dichoso! ¡Triste final de mi aventura!)

ESCENA IV

DICHOS. AMIGO 1.° del Bar

AMIGO 1.° (A Anita.) De parte del buen Caracul, que paséis, que ya está todo dispuesto.

ANITA Vamos allá. (Entran los cuatro en el Bar.)

CONCUR. (De los de las mesas.) ¡Oh; silencio, silencio! ¡Los piamonteses vienen!

ESCENA V

Coro general (en escena). Una PIAMONTESA, un PIAMONTES. Cuatro piamontesas y cuatro piamonteses. Baile ó coro; todos mujeres. Salen fondo derecha y bailan y acompañan cuando convenga, á gusto del director, con golpes de pandereta.

Música

LOS DOS

Un póbero soldatto
de centinela
una noche glacial
al pasar yo le ví
y qué pena sentí.
El póbero soplaba
yerto de frío
y me daba terror
ver al hombre soplar

sin entrar en calor.
¡Ay, póbero soldatto!
¡Ay, póbero mío!
¡Estar de centinela
con este frío!
¡Ay, póbero!
¡Ay, póbero!
Centinela, centinela:
abrígate que hace un frío *que pela*
y en la garita se cue...
¡ay, que se cuela! (Bailan.)

CORO
Centinela, centinela,
etc., etc.

LOS DOS
Pensando en su fanciulla
gratsiosa é bella
el soldatto estará,
y al pensar en su amor
pensará con calor
y el frío de la notte,
sicuramente,
inclemente será;
pero si él piensa así,
menos frío tendrá.
¡Ay, piensa en tu fanciulla,
¡Ay, póbero mío,
que siento pena al verte
con este frío!
¡Ay, póbero!
¡Ay, póbero!
Centinela, centinela,
etc., etc. (Bailan.)

CORO
Centinela, centinela,
etc., etc. (Bailan todos.)

Hablado

PIAMONT. (En un velador, mientras los demás piden por los otros.) ¡Oh, signorina, una lira per le poberino piamontese! (Bis en la orquesta y vanse bailando por la primera izquierda.)

ESCENA VI

Coro general (en escena). CASTO y Mister YELIN, por el fondo derecha. Un CAMARERO.

Hablado

Salen juntos; el inglés lleva á Casto cogido fuertemente, pasando el brazo derecho por entre el izquierdo, en forma de gancho. Así harán esta escena y las siguientes, hasta que se indique en el diálogo. Casto sale riendo con risa fingida.

CASTO ¡Ja, ja, ja! ¡Pero qué feliz casualidad, hombre, habernos encontrado! (¡Maldita sea tu estampa!) ¿Y qué, Mister, quiere usted que tomemos algo?

YELÍN (Secamente.) No.

CASTO (Bueno, y esto no es que hayamos hecho las amistades, como á primera vista parece, sino que lo encontré esta mañana, se me agarró á este brazo y dijo que no me soltaba hasta que encontráramos un sitio solitario donde levantarnos la tapa de los sesos. ¡Si yo pudiera soltarme!... (Alto á Yelín.) ¿Me permite usted que... (Intentando soltarse.)

YELÍN (Sujetándolo.) No permito nada.

CASTO Quería soltarme, porque voy á llamar al camarero.

YELÍN No hace falta; ponga la mano abierta. (Casto pone la mano derecha abierta y Yelín golpea con la izquierda sobre ella para llamar al camarero.)

CAMARERO Va. (Del Bar de la derecha.)

CASTO Bueno, tolero lo de llamar á medias.

YELÍN ¿Qué?

CASTO (Muy alto.) Que tolero lo de llamar á medias; pero para pagar me va á dar un reuma.

CAMARERO (Acercándose por la derecha de Casto.) ¿Qué desean los señores?

YELÍN Cerveza.

CAMARERO ¿Dos grandes?

CASTO (Confidencialmente.) Al señor, tráigale usted

una chica, pero una chica que lo entretenga, á ver si me puedo escabullir.

CAMARERO ¿Y usted qué desea?

CASTO Pues yo una cosa ligerita.

CAMARERO ¿Un *masagrán?*

CASTO (¡Un automóvil!)

CAMARERO Los señores querrán que les sirva en un sitio donde estén solos.

CASTO ¡No! ¡quiá! De ninguna manera. Y diga usted á la concurrencia que no se vayan sin avisarme, por lo que más quieran. (Vase el Camarero. A Yelín, sacándole el pañuelo, para sonarse.) No tengo más remedio. (Se suena ligeramente.) Usted perdone. (Se le cae el pañuelo.) ¡Ay, se me ha caído!

YELÍN Recójalo. (Se agachan los dos y Casto lo coge.)

CASTO (¡Ya llevo tiradas diez ó doce cosas para recogerlas, á ver si lo relajo, pero este tío es de *cauchú!* ¡Si yo pudiera encizañarlo con alguien!...) (Alto á Yelín y señalando á un caballero que sale del Bar de la derecha y hace mutis primera izquierda.) ¿Ha oído usted qué grosería?

YELÍN ¿Qué?

CASTO Ese señor del *Borsalino*, que ha dicho que es usted un cerdo.

YELÍN Es igual.

CASTO Yo le daría un puñetazo.

YELÍN Yo, no; hasta que no le mate á usted, no tengo dignidad.

CASTO (¡Pues es un consuelo! ¡Todo me fracasa! ¡¡Esto es horrible!!)

ESCENA FINAL

DICHOS: ANITA, CARACUL, AMIGAS 1.ª y 2.ª y AMIGO 1.º

ANITA (Saliendo con todos del Bar.) Bueno, pues vamos antes hacia... (Reparando.) ¡Calle! ¡pero, es él (Acercándose.) ¡Casto! ¡¡Casto!! Pero ¿eres tú?

CASTO Anita! ¡Anita de mi alma! ¡¡Al fin!!

ANITA ¡Abrázame!

CASTO (Tratando inútilmente de desasirse del inglés.)

Hombre, haga usted el favor, que es que voy á abrazar á esta amiga.

YELÍN La abrazaremos. (La abrazan entre los dos.)

CASTO (Rechazándole) Hobre, esto de aprovecharse de mis amistades, ya me resulta un poco...

ANITA Pero ¿qué es esto, Mister? ¿Cómo ustedes tan unidos?

CASTO Pues nada: que nos hemos hecho de carne y uña y se me ha clavado.

YELÍN ¡El príncipe es mío!

CASTO Pero, díme Anita, díme: ¿y el conde? ¿Dónde está el conde?

ANITA ¿El conde? ¡Ay, Casto, horrorízate! El conde, resultó un fullero.

CASTO (Aterrado.) ¿Qué dices?

ANITA No tenía ni dos reales. Me robó unos pendientes, no te digo más.

CASTO ¡Canalla! ¿De manera que mis doce mil duros?...

ANITA Una ilusión desvanecida.

CASTO ¿De modo que la fortuna del conde?

ANITA Mentira; todo mentira. ¡Como mi amor! ¡Como tu principado!... Todo ficción! ¡Todo farsa!

YELÍN ¡Oh, no es príncipe! (Lo suelta.)

CASTO ¿De manera que otra vez sin cocido; otra vez en la miseria; otra vez en la abyección?

ANITA Sí, Casto; sí. No es por el camino de la farsa por donde se llega á la felicidad.

CASTO (En tono trágico.) ¡¡Oh!! (A Yelín.) Mister, ha llegado el momento trágico; no quiero vivir. (Se arrodilla.) Puede usted destaparme cuando guste. Máteme usted, sí; máteme usted.

YELÍN ¡Matarle yo! ¡Matarle, no siendo príncipe! ¡Jamás! No puedo rebajarme. (Dándole un empujón con desprecio.) Adiós. (Vase primera izquierda.)

CASTO (A Anita.) Pero estás viendo, que en cuanto eres pobre no encuentras ni quien te mate.

ANITA Ya lo veo.

CASTO (Levantándose.) ¿Y qué hacemos ahora sin recursos en un país extraño?

ANITA No te apures. (Mostrándole á Caracul.) ¿Ves este tipo que tengo aquí? Pues nos va á pagar el viaje á España.

CASTO ¡Qué feo!

CARACUL ¿Qué?

CASTO Que qué feo estaría desairarle á usted. (A Anita.) ¿Y una vez en España, qué hacemos?

ANITA ¡Vivir! Vivir como podamos, pero alegres; siempre alegres. Desecha tu tristeza, Casto; la alegría es fuerza y esperanza.

CASTO (Radiante y erguido.) ¡Oh, sí; me alientas! ¡Me reconfortas!... Después de todo, ¿qué son las grandezas humanas? ¡Disgustos y sobresaltos! Vuelvo á la plebe. A ser despreocupado. ¡A ser libre! ¡A ser feliz! (Al público.)

Ya no soy príncipe. ¡Albricias!
Si á mí un día un mentecato
me dijera: «¿Qué codicias?»
le diría muy sensato:
«Dos pesetas vitalicias;
y las grandezas, *pal* gato.»

Música en la orquesta

TELÓN

Precio: UNA peseta.